

es

Escuela Social de Tudela y la Ribera

CURSO 2017 – 2018

TEMA GENERAL

**¿BUSCANDO VERDAD, JUSTICIA, PERSONA Y ÉTICA
EN LA GESTIÓN PÚBLICA?**

2

Noviembre / 2017	TEMA	PONENTE
Viernes: 10 Hora: 8 tarde	“UNA EDUCACIÓN PARA EL CAMBIO ECOSOCIAL”	<u>Rafael Díaz-Salazar</u> Profesor de Sociología y Relaciones Internacionales en la Facultad de Ciencias Políticas, Universidad Complutense de Madrid...

ORGANIZA

Fundación Acción Solidaria

<http://www.fundacionaccionsolidaria.es/>

Facebook: www.Facebook.com/Escuela-Socialde-Tudela-y-la-Ribera-1527087614194115
Email: fas.tudela@gmail.com
Palacio Decanal – Plaza San Jaime, 2
31500 Tudela

De 8,00 a 9,30 de la tarde

La educación que necesitamos

La tecnología desvinculada de la sabiduría es una nueva forma de alienación

RAFAEL DÍAZ-SALAZAR

El debate sobre la enseñanza en España no se adentra en la cuestión fundamental: **¿para qué educar?** Los informes PISA no ayudan para responder a esta cuestión. La educación es mucho más que instrucción y aprendizaje de destrezas para el ejercicio de una profesión. La obsesión por reorientar la enseñanza desde los requerimientos del mercado laboral y el dominio de las nuevas tecnologías conlleva una amputación fortísima del derecho de aprender a cultivar todas las dimensiones del ser humano desde la infancia. Desgraciadamente se ha consolidado un modelo de enseñanza sin educación.

Seguimos sin aprender la crítica de Herbert Marcuse al *hombre unidimensional*. El modelo dominante de enseñanza está contribuyendo a reproducirlo. La tecnología desvinculada de la sabiduría es una nueva forma de alienación.

Los empleos del futuro requerirán escuelas que desarrollen la creatividad humana y no servicios educativos para el mercado laboral que, en plena revolución de la robótica, necesitará algo más que cualificaciones profesionales.

El **instruccionismo** escolar, que da más relevancia a las nuevas didácticas que a la transformación del modelo basado en asignaturas y currículos desgajados de la realidad personal de los alumnos y de los cambios sociales y ecológicos que se requieren en el siglo XXI, es un obstáculo que debemos superar.

La formación de la personalidad de niños, adolescentes y jóvenes es el gran fin de la educación. En *El laberinto de la soledad*, Octavio Paz afirmó que “toda educación entreaña una imagen del mundo y reclama un programa de vida”. Necesitamos un proyecto educativo basado en una imagen ecológica del mundo y un programa de cultivo de la vida interior y de iniciación al activismo ecosocial para la construcción de sociedades más justas y sostenibles. Los contenidos curriculares pueden estar conectados con estas finalidades educativas, como nos lo demuestran las escuelas creativas que existen en España y otros países. ¿Cuándo crearemos un centro estatal que recoja las prácticas educativas innovadoras para contagiar a toda la red escolar con ellas? ¿Qué hacemos para incorporar al profesorado innovador al diseño de una nueva política educativa?

La personalidad bien desarrollada no se posee, se conquista. Necesitamos brújulas educativas para conseguirlo. ¿Dónde podemos encontrarlas? Dirijamos nuestra mirada a las sabidurías ecológicas presentes en culturas morales, en filosofías, en religiones y en antropologías. **Sin una gran transformación ecosocial, el siglo XXI seguirá cavando su tumba** y ningún capitalismo verde lo salvará. La tecnología y la ciencia operan en el terreno de los medios, no en el de los fines. No bastan para enseñarnos a vivir.

Podemos crecer en I+D+i y tener una vida poco sabia, un inmenso raquitismo espiritual, una anemia existencial por falta de nutrientes de sabidurías.

Lo que más necesitamos es encontrar un fin compartido que dé sentido a nuestra actividad en la Tierra. Las sabidurías ecológicas son fundamentales para aprender lo que otorga más humanidad: adquirir una conciencia moral, pensar sobre el sentido de la vida, conocerse a sí mismo, desarrollar el gusto estético, saber utilizar el tiempo para la realización personal y comunitaria, comprometerse en el cambio ecosocial, luchar para acabar con opresiones laborales que precarizan la vida. En definitiva, lograr el *buen vivir* frente al *bien estar* y realizar la transición *del tener al ser* propuesta por Erich Fromm.

Las escuelas y las familias, ¿no tienen nada que decir y hacer sobre estas cuestiones? Afortunadamente existen centros escolares que saben relacionar los grandes temas existenciales con la enseñanza de las matemáticas, la historia, la física, la lengua, etcétera. El arte de educar consiste en saber vincular la transmisión y aprendizaje de conocimientos con la realidad psicológica de cada edad y con el descubrimiento de la implicación personal en la transformación social y ecológica de los países.

La educación del *yo interior* enraizado en una visión ecológica de la realidad y en la práctica de la autocontención y la solidaridad predispone para la constitución de un *yo político* implicado en el activismo social. La buena educación es la que aspira a formar personas que vivan la existencia con armonía entre la dimensión interior y la dimensión sociopolítica de su ser, entre el cultivo del arte y la lucha contra el sufrimiento social.

Nos encontramos, como afirma Zygmunt Bauman, en un momento de *ceguera moral* ante las catástrofes sociales y ecológicas. Necesitamos proyectos educativos que abran los ojos y vinculen el conocimiento con el cese del dolor que asola al mundo.

Rafael Díaz-Salazar es profesor de Sociología en la Universidad Complutense y autor de *Educación y cambio ecosocial*.

UNA EDUCACIÓN PARA EL CAMBIO ECOSOCIAL

- **Lugar:** Salón de Actos del Instituto de la Plaza de la Cruz – 18 Mayo 2017 - Hora 19,30



- **Ponente:** Díaz-Salazar Rafael: es profesor de Sociología y Relaciones Internacionales en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense de Madrid. En su tercera visita al Foro Gogoia habló sobre su último libro “EDUCACION Y CAMBIO ECOSOCIAL”

¿Qué tipo de educación necesitamos?, ¿cómo relacionarla con el imprescindible cambio ecosocial?, ¿qué podemos hacer en las familias, en las escuelas, y en las asociaciones ciudadanas para lograrlo? “Toda educación entraña una imagen del mundo y reclama un programa de vida”, escribió Octavio Paz. Y “cuanto más intensa sea la socialización en una determinada visión del mundo, más impetuosa será la acción” según aseguran Donatella Della Porta y Mario Diani, teóricos y activistas de los movimientos sociales.

No es posible cambiar la sociedad sin la formación de personas que tengan objetivos vitales alternativos a los que propone la cultura capitalista. Hay que ayudar a las niñas y niños, adolescentes, jóvenes y personas adultas a establecer una relación entre el yo interior y el activismo social que, desde la infancia, se ha de desarrollar a través de asociaciones y movimientos. Es preciso abordar la educación de la interioridad y la espiritualidad personal y ponerla en relación con los estilos de vida y compromisos cívicos. Es también necesario educar la moral personal y el gusto estético mediante la práctica de las bellas artes. No podemos tener una sociedad ecológica sin un yo ecológico capaz de vivir una cultura de la autocontención.

Conversaciones en el FORO GOGOA

RAFAEL DÍAZ-SALAZAR - Profesor de Sociología

Titular Principal

“Millones de individuos no llegan a ser personas: su vida es solo producir, consumir y divertirse”

Titulares secundarios

“Nuestra sociedad es muy pobre en sabiduría vital. Precisamos recuperar sabidurías de culturas y religiones que nos enseñan qué es vivir bien”

“Hay que hacer valer un proyecto educativo basado en el cultivo de la interioridad, la iniciación al activismo social y el desarrollo de estilos de vida alternativos”

“Somos lo que hacemos. La acción es el principal medio de aprendizaje intelectual, emocional, moral, espiritual, estético y político”

Entrevista:

Javier Pagola

-¿En qué encrucijada se encuentra ahora mismo la educación?

-Millones de individuos no llegan a convertirse en personas porque reducen su vida a producir, consumir y divertirse. Su objetivo vital es obtener el máximo de experiencias sensoriales de bienestar material y de confort. Es posible que esos individuos nunca lleguen a conquistar el estado de humanidad. En nuestra sociedad se tiende a identificar educación con enseñanza, y ésta con contenidos curriculares cada vez más vinculados a la competitividad capitalista y a la mercantilización de la vida humana. Los poderes económicos pretenden mermar la dimensión humanizadora de la enseñanza e ir reduciendo al máximo los contenidos y prácticas del arte, literatura y filosofía, y la formación del carácter y la personalidad. No hemos nacido para trabajar y consumir, sino para vivir en plenitud y en fraternidad. Hay que hacer valer un proyecto educativo basado en el cultivo de la interioridad, la iniciación al activismo social y el desarrollo de estilos de vida alternativos. Al orientar una educación para el futuro la UNESCO propone *los cuatro pilares de la educación*: aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a convivir, y aprender a ser; a los que yo añadiría: aprender a transformar la realidad.

-¿Cuáles son las estrategias indicadas para llevar adelante ese aprendizaje?

-Hay muchas experiencias de innovación educativa en nuestro país: necesitamos construir un banco estatal de buenas prácticas escolares. Debemos fortalecer la influencia del sistema educativo en la disminución de las desigualdades; para ello las prioridades en recursos humanos, económicos y sociales en el ámbito educativo han de concentrarse en los sectores empobrecidos. Necesitamos poner en relación y coordinar mejor la acción educativa de la familia, el profesorado y los movimientos que actúan en el tiempo libre y la educación no formal. Precisamos recuperar las sabidurías emancipatorias que hay en las diferentes culturas, y explorar las experiencias de las religiones que nos enseñan *qué es vivir bien*, para liberarnos del modelo de *sociedad de mercado*. Tenemos que activar la formación de ciudadanos creadores de democracia expansiva y participativa. En todo ello ha de estar presente una perspectiva ecologista que, en mi opinión, es la que mejor puede contribuir a un cambio sustancial de la interioridad humana y de las relaciones de producción.

-Apostar por un modelo ecosocial como núcleo de la educación, ¿qué supone?

-Ante todo adoptar una actitud de respeto y veneración de la naturaleza, y transformar el modo de producción, transporte y consumo capitalista; para eso hay que diseñar e ir realizando una gran transición ecologista en la agricultura, la industria, la ordenación del territorio, la energía, la vivienda, el agua, la alimentación, el transporte, el urbanismo, los sistemas de comunicación y la organización de los tiempos de vida. Luego, hay que crear relaciones sociales de producción basadas en los bienes comunes y no en la obtención de plusvalía.

Hace falta promover una cultura de la autocontención, la precaución, el límite, la frugalidad, los cuidados, y la responsabilidad hacia las futuras generaciones; y, al par, hacer viables proyectos de vida que logren niveles dignos de justicia material. Por fin, como objetivos, proponernos una transformación personal basada en la construcción de un *yo ecológico* que mantenga un fuerte vínculo entre la vida interior y la naturaleza, y, en paralelo, una transformación social hacia una *ciudadanía ecológica* que realice activismo en movimientos sociales y adopte estilos de vida ecológicos.

-Según todo eso, ¿en qué consiste la educación para usted?

-Considero que la educación es la formación de la mentalidad, los sentimientos, los deseos y los comportamientos del ser humano. Necesitamos formarnos como sujetos morales, y la educación es un proceso de socialización en que aprendemos e interiorizamos valores y conductas. La finalidad educativa es configurar un sujeto personal que construya una rica vida interior y contribuya, como activista, a un cambio ecosocial. Somos lo que hacemos. La acción es el principal medio de aprendizaje intelectual, emocional, moral, espiritual, estético y político.

-Si somos lo que hacemos, ¿cómo se puede educar para el activismo social?

-Hay millones de personas que quieren a sus familiares y amigos, pero son indiferentes ante los problemas sociales que no les afectan de manera directa.

Esa indiferencia, de eternos inocentes ante la injusticia y el sufrimiento de nuestros semejantes, no es vida, sino muestra de apatía o cobardía; es propia de gente extraña a la ciudadanía común. En un proyecto educativo hay que enseñar a descubrir las causas estructurales de los problemas, y mostrar las dimensiones sociales y políticas de nuestra acción o de nuestra inhibición. No basta con socorrer a las víctimas e incidir en los efectos de la pobreza, es necesario desenmascarar a personas y estructuras que producen situaciones de pobreza, injusticia y exclusión social. Es precisa la participación en grupos de actividades sociales, pero lo decisivo es que los problemas de los demás calen en el pensamiento y el corazón de la gente joven. Y para hacer, hay que ser. Hay que formar personas dichosas, que sean luchadoras por la justicia y que sean felices en esa acción. Hay que educar el deseo y la pasión por los objetivos que nos humanizan.

-¿Podría usted señalar diez cuestiones sociales a asumir en proyectos educativos por familias, centros escolares y movimientos educativos?

-Me atrevo a señalar estas: Las desigualdades internacionales y la pobreza mundial; la destrucción medioambiental de la tierra; los conflictos bélicos y el militarismo; la violación de derechos humanos; la exclusión social y la pobreza en los países ricos; la inmigración; la precariedad y explotación laboral; la discriminación y violencia contra la mujer; el consumismo antiecológico y la alienación publicitaria; y la intolerancia, la xenofobia y el choque entre culturas e identidades diversas.

-¿Por qué esa insistencia suya en “educar el yo interior”?

-Nuestra sociedad es muy pobre en sabiduría vital. La mayoría de sus miembros vive hacia afuera, ignorando la riqueza de la vida interior, que es la que otorga dignidad y humanidad profunda. Niños y niñas, adolescentes y jóvenes viven en un ambiente de constante ruido y exceso de imágenes, y hay que invitarles a entrar en la senda del silencio y la concentración, a ***hacerse dueños del yo y de la disciplina del yo interior***, como les decía Antonio Gramsci a los jóvenes obreros de Turín. Entrar en nuestro interior ayuda a desarrollar buenos sentimientos, entrena en el autocontrol, educa nuestras emociones y nos da capacidad para ser personas autónomas y conseguir autoestima sin depender de lo que otros piensen de nosotros.

Y así se aprende una de las cosas más difíciles en la vida: amarse a sí mismo, algo que nada tiene que ver con el individualismo ni con el egocentrismo.

-¿Es que hoy no sabemos ya pensar, ni reflexionar?

-Aprender a pensar la vida y descubrir el sentido de la existencia me parece un objetivo educativo central. La alienación que ha creado el materialismo capitalista ha evaporado las preguntas por el sentido de la vida. La vida humana es una vida metafísica, que trasciende las necesidades materiales. Sin pensamiento y reflexión sobre las grandes preguntas existenciales nos embrutecemos y hasta podemos llegar a niveles de barbarie y sadismo hacia nuestros semejantes. La enseñanza de la filosofía y la organización de grupos escolares de teatro ayudan mucho a saber pensar y reflexionar, y a descubrir la vocación personal, los ideales altruistas y la causa social a la que una persona puede dedicar su vida. La formación del carácter y de la personalidad requiere vincular la vida a un proyecto social y político.

-¿Cómo plantear en nuestro tiempo la educación ética?

-La educación ética precisa una pedagogía para descubrir la vida buena y feliz. La ética pública y la ética de las profesiones son esenciales, pero la moral personal es también determinante. La gran cuestión ahora es el ejercicio práctico de las virtudes morales, porque, como destaca con lucidez Victoria Camps, ***el gran problema de la ética es que los valores no mueven a actuar***. Limitarnos a proponer valores y educar en su reconocimiento es muy insuficiente. Lo que verdaderamente logra forjar una personalidad moral es la práctica cotidiana de virtudes morales que llegan a crear hábitos de conducta ética. Hay que entrenar en la capacidad de discernimiento ético, y adiestrar en el ejercicio de actos morales. Frente al relativismo y al nihilismo hemos de afirmar que no todo vale lo mismo.

-¿Qué lugar debe tener la educación estética?

-Nuestro modelo de sociedad productivista, consumista, antiecológico, injusto y precarizado es profundamente feo, es la antítesis de la belleza. Pedro Briones, unos de los personajes de la obra teatral “Las Meninas” de Buero Vallejo, le dice a Velázquez: ***Solo quien es capaz de ver la belleza del mundo, es también capaz de indignarse ante lo insoportable de su dolor***. La dimensión estética de la vida interior es una de las fuentes de la indignación moral y de un placer hondo y gratificante.

La educación del buen gusto y del paladar artístico debe ser un objetivo educativo prioritario desde la infancia. Una persona educada en el gusto estético sabe rechazar las seducciones publicitarias que incitan a gustos propios de bárbaros. Leer diariamente un poema debería ser un hábito de toda persona. Y en los centros educativos es muy conveniente organizar talleres de producción y disfrute de todas las artes.

-¿Es posible la contemplación con el actual modelo de organización social?

Desde los clásicos griegos, nuestra cultura insiste en la importancia de tener ojos contemplativos, de desarrollar hábitos de quietud y paciencia, para alcanzar una visión profunda de la vida y de la realidad. Del asombro nace la búsqueda de la sabiduría. Ver no es lo mismo que mirar, ni que contemplar la hondura de lo real. Saint-Exupery escribió en “El Principito”: *No se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.* Y Victoria Camps indica: *La solicitud hacia nuestro prójimo es una consecuencia de la contemplación, sosegada y sin indiferencia, de las cosas humanas.* Pero el modo de organización capitalista del trabajo y del tiempo libre, los espectáculos deportivos masivos y el frenesí de *ponerse ciego* impiden aprender a contemplar, meditar, y vivir con lentitud y sobriedad. La Institución Libre de Enseñanza introdujo el senderismo, y la escucha del silencio, del rumor del agua y del canto de las aves, como una práctica educativa. La práctica laica de la meditación, los ejercicios de relajación, concentración y atención plena favorecen el silencio y la paz interiores. Nietzsche afirmaba que *el camino de todas las cosas grandes pasa por el silencio y que la valía de una persona se mide por la cantidad de soledad que es capaz de asumir.*

-Lo digital es un soporte omnipresente: ¿Cómo considerar su uso?

-Las nuevas tecnologías de la comunicación generan excelentes servicios y oportunidades, mejoran la interacción humana y pueden favorecer la movilización social. Su uso ha formado una nueva masa, un *enjambre digital* que conecta a individuos aislados, sometidos a un poder exterior que controla y vigila. Adolescentes y jóvenes, ya desde la infancia son *nativos digitales* acostumbrados a la velocidad frenética, al cambio instantáneo, y a efectos especiales, a menudo agresivos. Hoy padecemos sobredosis y sobrepeso digital y audiovisual, y debemos impulsar su adelgazamiento. Familias y educadores deben asumir como un reto el uso crítico de las nuevas tecnologías y fomentar la reducción sustancial del tiempo dedicado al consumo audiovisual.

DEL YO INTERIOR AL ACTIVISMO CIUDADANO

Por Santiago Álvarez Cantalapiedra - Director de FUHEM Ecosocial y de esta revista

Martin Luther King señaló lo siguiente: «Debemos aprender a vivir juntos como hermanos o morir juntos como tontos». Esta frase expresa de un modo acertado algunos aspectos relevantes de nuestro tiempo. Primero, que el carácter global de los riesgos actuales hace que los seres humanos compartamos un destino común. Segundo, que para que ese destino común no sea fatal, debemos aprender a convivir. En otras palabras: debemos aprender a vivir juntos si queremos perdurar como especie en un planeta habitable, y ese vivir juntos no puede consistir simplemente en sobrellevarnos, sino en reconocernos fraternalmente en la responsabilidad de cuidar la casa común que compartimos. Aunque esta cita no aparezca en la obra aquí reseñada, creo que conecta plenamente con el sentido que el autor ha querido dar a su libro Educación y cambio ecosocial. Del yo interior al activismo ciudadano.

En el marco de un proyecto de investigación más amplio titulado Educación, democracia y ciudadanía activa, **Díaz-Salazar acaba de publicar este libro** con el propósito de contribuir a deliberar en el proceso de construcción comunitaria de un proyecto educativo cuya relevancia no se puede medir por posiciones en rankings tipo PISA sino por su capacidad para «abrir los ojos de los ciegos ante el sufrimiento humano causado por la exclusión social, la explotación y la destrucción del medio ambiente» (p.227). Así pues, debería quedar claro que el objeto de este libro es la educación reveladora en el contexto de un mundo ciego.

Una ceguera que –como en la célebre novela de **Saramago**– no se produce por falta de luz, sino más bien por todo lo contrario. Vivimos en un mundo “intoxicado”, con una sobresaturación de datos e informaciones que impide conocer lo que está ocurriendo. Se olvida con demasiada frecuencia que los datos no son información hasta que no se articulan y que la información no llega a convertirse en conocimiento hasta que no somos capaces de organizar nuestras ideas en un argumento coherente. Y aún así, el conocimiento puede no ser la respuesta a nuestras preguntas si no va alimentado de sabiduría. Me atrevería a señalar que este es el eje a partir del que articula el autor su reflexión sobre la educación en nuestros días.

Una educación que no es contemplada como sinónimo de enseñanza, o mera instrucción sobre determinados contenidos distribuidos en diferentes asignaturas, sino que requiere cultivar todas las dimensiones de la personalidad (la razón, los deseos, las motivaciones, los sentimientos y los comportamientos) y que, por consiguiente, sea capaz de vincular las dimensiones internas y sociopolíticas de la persona. Una educación cuya tarea trasciende el quehacer de los centros escolares y que requiere la implicación coordinada de múltiples agentes educativos (familias, docentes y movimientos socioeducativos infantiles y juveniles). Solo así, alejados de cualquier reduccionismo, la educación puede contribuir a combatir la ceguera del mundo en que vivimos y lograr los objetivos que le dan sentido (no solo la cualificación para un futuro profesional, sino también, y principalmente, la auto construcción de la persona y la formación de una ciudadanía activa).

De ahí que **el libro aborde, en una primera parte**, las finalidades y los objetivos de la educación. Es importante preguntarse el qué y el para qué, y no solo el cómo.

En la actualidad todos los debates educativos están centrados en esta última cuestión dando por sentadas las respuestas a los dos primeros interrogantes. Pero no basta con innovar en la didáctica. Siendo una cuestión inaplazable, urge aún más plantearnos: educar ¿para qué? Es una pregunta omitida deliberadamente en los debates sobre la educación como consecuencia de la hegemonía cultural que ejerce el pensamiento neoliberal. Hegemonía que logra ocultar un hecho fundamental, a saber: «que el capitalismo también es un modo de producción cultural que posee un modelo antropológico y necesita que este se expanda para reproducirse como modo de producción económica y de dominación de clase» (p.191).

Si el capitalismo nos está conduciendo a un atolladero civilizatorio, habrá que colegir que una educación que aliente comportamientos individualistas y competitivos, entronizando el consumismo y los ritmos rápidos que exige el productivismo, no sólo es una educación inadecuada sino también peligrosa. Una educación de este cariz es una mala educación. Una buena educación, por el contrario, tendría que estar orientada a formar personas capaces de afrontar este desafío y debería proporcionar cortafuegos y barreras contraculturales para poder encarar los daños sociales y ecológicos que amenazan la convivencia y la salud del planeta.

La segunda parte del libro aborda la clave del problema. Necesitamos generar nuevas subjetividades para este desafío civilizatorio, cultivar las condiciones subjetivas que propicien un cambio ecosocial. Este segundo bloque está compuesto, a su vez, de dos capítulos: uno de ellos se ocupa de la educación de la vida interior de la persona, mientras que el otro trata la dimensión social y política de la vida humana. Aquí se encuentra la gran virtud del libro: saber presentar ambas cosas como parte de un mismo proceso educativo, como dos facetas vinculadas de una misma realidad. ¿Qué vínculo es el que permite ligar la educación en la interioridad con el activismo ciudadano? «El vínculo antropológico que une el yo interior y el yo político (entendido como compromiso de la persona con los problemas sociales de la polis nacional e internacional) es ‘tener entrañas de misericordia’ y ‘hambre y sed de justicia’» (pp.173-174).

La misericordia, la compasión hacia las criaturas vivientes, no es un tema de moda en los debates educativos, aunque se muestre necesario en medio de la «**cultura de la indiferencia**» en de relaciones ecosociales y cambio global Libros 192 N° 136 2016/17, pp. 189-198 y Libros 193 la que estamos instalados. Esta vez sí recurre el autor a una cita de Martin Luther King: «lo preocupante no es la perversidad de los malvados, sino la indiferencia de los buenos [...] Nuestra generación no se habrá lamentado tanto de los crímenes de los perversos como del estremecedor silencio de los bondadosos» (p.176). **Díaz Salazar**, como buen conocedor del pensamiento de **Gramsci**, remacha la idea con una larga cita del pensador sardo en la misma línea: «La indiferencia es el peso muerto de la historia [...] La indiferencia opera con fuerza en la historia. Opera pasivamente, pero opera [...] La fatalidad que parece dominar la historia no es otra cosa que la apariencia ilusoria de esa indiferencia, de ese absentismo» (p.177).

¿Cómo educar en la misericordia promoviendo el cuidado y la lucha por la justicia sin caer en actitudes meramente asistencialistas? No parece un reto fácil, desde luego, pero tampoco imposible si se atiende a las prácticas y enseñanzas sapienciales contenidas en múltiples tradiciones socioculturales y religiosas. Con demasiada frecuencia se tiende a desechar estas aportaciones como impropias de una escuela laica y de una enseñanza que acota su territorio exclusivamente al de la racionalidad instrumental en que ha desembocado la razón ilustrada. Mantenerse en esas posiciones supone hoy un grave error.

Por dos razones. La primera porque representa una distorsión de la propia idea de laicidad, pues si hay un rasgo que la caracteriza sería el de la tolerancia y, por eso mismo, la noción de laicidad está más estrechamente relacionada con el diálogo intercultural e interreligioso que con la negación de las creencias religiosas o el rechazo a otras culturas. Pero hay una segunda razón tan importante como esta primera que nos proporciona **Boaventura de Sousa Santos** a partir de su Crítica a la razón indolente: si estamos en tiempos de una transición paradigmática, no podemos permitirnos el lujo de desperdiciar experiencias y saberes.

Porque de eso se trata en el fondo, de construir y difundir un nuevo paradigma acerca del ser humano, la sociedad y la relación con la naturaleza. Y desde esta conciencia de que estamos necesitados de un nuevo paradigma se puede empezar a responder a la seria objeción de que promover una visión positiva de lo que representa la vida buena puede conducir a visiones antiliberales, y quizá incluso totalitarias. La educación liberal –que supuestamente no encarna visión positiva alguna sino únicamente principios para que las personas con diferentes preferencias e ideales puedan vivir juntas– no resulta ya suficiente ante una crisis civilizatoria. Ahora, en las actuales circunstancias, toca ser – como diría **Paco Fernández Buey**– algo más que liberales.

La tercera, y última parte del libro, aborda las transformaciones que una educación ecosocial plantea a los centros escolares, al profesorado y a la implicación de las familias. La obra se complementa con un documento de recopilación de referencias, materiales y recursos educativos que se puede descargar en la página web de la editorial encargada de la edición del libro.

Educación y cambio ecosocial es un libro audaz que no deja indiferente. Si en su voluntad está ser una persona desprejuiciada, atrévase a leerlo, le dará que pensar

Santiago Álvarez Cantalapiedra - Director de FUHEM Ecosocial y de esta revista

http://www.revistapapeles.es/datos/portada/LecturaRecomendada_Educacion_Cambio-Ecosocial.pdf

Educación y cambio ecosocial

Del yo interior al activismo ciudadano

Un libro para el cambio que exige la educación

La formación de la personalidad de niños, adolescentes y jóvenes es uno de los grandes retos de nuestro tiempo. En esta obra se propone un proyecto educativo basado en el cultivo de la interioridad, la iniciación al activismo social y el desarrollo de estilos de vida alternativos. ¿Qué tipo de educación necesitamos?, ¿cómo relacionarla con el imprescindible cambio ecosocial?, ¿qué podemos hacer en las familias, en las escuelas y en las asociaciones ciudadanas para lograrlo? Este libro está pensado para tres tipos de educadores: familias, profesores y animadores de movimientos infantiles y juveniles.

Autor: Rafael Díaz-Salazar

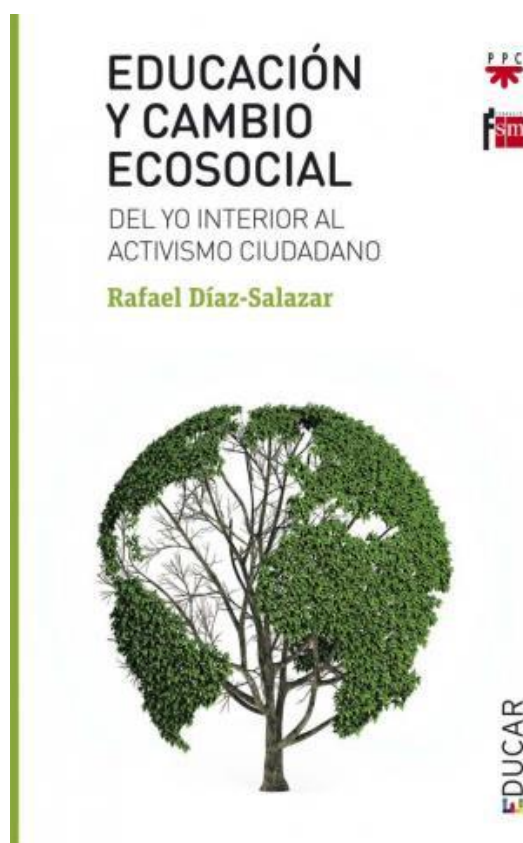
Área: Educación

Colección: Educar

ISBN: 9788428829533

Fecha publicación: 11/03/2016

Encuadernación: Rústica - Núm. páginas: 280 - Código interno: 142975



<https://www.ucm.es/data/cont/docs/983-2014-10-28-salazar.pdf>